

Colmada está ya le iglesia;  
en fiesta arde ya el pueblo;  
y los tres primos del Conde,  
don Juan, don Tirso y don Crespo,  
llegaron esta mañana  
desde Pravia, con su séquito.

MENDO.- □□□□

¡Que ella se casa!... ¡¡Se casa!!...  
¡Y yo en esta torre preso,  
haciendo el primo!... ¿Qué dije?  
El primo es poco... ¡el canelo!...  
¡Martes y trece, por algo  
os tomé en aborrecimiento!...

CLODULFO.- ¿Qué os sucede?

MENDO.- Nada, nada...

CLODULFO.- ¿Es que teméis?

MENDO.- ¡Nada temo!

CLODULFO.- Pensé que...

MENDO.- □□□□□□□□ Pensaste mal.

CLODULFO.- Os vi temblar...

MENDO.- ¡Yo no tiemblo!

Nada en la vida, Clodulfo,  
hizo temblar a don Mendo.

CLODULFO.- Perdonad, marqués de Cabra,  
si mis frases os hirieron...

----- Desde aquí -----

MENDO.- Perdonado estás, Clodulfo;  
y agora, si no es secreto,  
dime qué suerte me espera  
y dilo sin titubeos,  
bueno o malo, lo que fuera.  
¡Qué me importa, vive el cielo!

Cuando hace un rato, ¡ay de mí!,  
no rodé a tus plantas mureto,  
es que un rayo no me mata.  
Habla, por Dios, habla presto.

CLODULFO.– ¿Tendréis valor?...

MENDO.– (*Ativísimo.*) ¿Olvidaste  
que te escucha un caballero?

CLODULFO.– Pues bien, el conde don Nuño,  
vuestra prosapia atendiendo,  
pensó sacaros los ojos  
y daros libertad luego;  
pero terció Magdalena...

MENDO.– ¡Magdalena!... ¡Blando pecho  
que envidia diera a las aves!...  
¡Corazón de suaves pétalos!...  
¡Alma pura, cual la linfa  
del transparente arroyuelo!...  
¡Magdalena!... ¡Magdalena!...  
¡Ave, rosa, luz, espejo,  
rayo, linfa, luna, fuente,  
ángel, joya, vida, cielo!...  
¿Y dices que ella terció?

CLODULFO.– Terció y os hizo mal terció,  
porque pidió que la lengua  
os arrancasen primero  
y que os cortasen las manos  
y que mudo, manco y ciego  
en esta torre quedaseis  
para siempre prisionero.

MENDO.– ¡¡Mientes!!

CLODULFO.– ¡No!

MENDO.– ¡Mientes te digo!  
¡Infame sayón!

CLODULFO.– (*Amenazador.*) ¡Don Mendo!...

MONCADA.– (*Entrando en escena.*)

¡Vive Dios, que hasta en prisiones  
y con vuestro carcelero  
habéis de reñir!

MENDO.– (*Asombrado.*) ¡Moncada!

¿Pero sois vos?

MONCADA.– En efeto.

CLODULFO.– (¡El de Moncada en la torre!...)

MONCADA.– (*A Clodulfo.*) Dejadnos, buen hombre.

CLODULFO.– (*Sin moverse.*) Eso...

MONCADA.– (*Imperioso.*) ¡Dejadnos digo!

CLODULFO.– (*Resistiéndose.*) Es que yo...

MONCADA.– Si desenvaino el acero,  
vasi a quedar en la torre;  
pero vive Dios, que muerto.

CLODULFO.– (*Temeroso.*) Pues que así lo suplicáis,  
señor marqués... obedezco. (*Se va, cerrando la puerta.*)

MONCADA.– Aunque cierre no me importa:  
me abrirán mis escuderos. (*Este Marqués de Moncada es joven y apuestísimo.*)

MENDO.– (*Que aún no ha vuelto de su asombro.*)

En vano pretendo, Marqués de Moncada,  
hallar las razones que aquí os han traído.

MONCADA.– ¿No sois por ventura, mi buen camarada?

MENDO.– ¿Camarada vuestro quien ha delinquido?  
Perpetrando un robo me vi sorprendido,  
así plugo al cielo o al Hado... o al Hada,  
y no creo Moncada, que ganéis vos nada,

siendo camarada de quien a su espada  
ha infido, escupido, torcido y rotpido.

MONCADA.– (*Sonriente.*) Mentís.

MENDO.– ¿Qué decís?

MONCADA.– Mentís.

Y vos de vos os reís,  
como yo me rio de vos.

MENDO.– No comprendo qué decís.

MONCADA.– Será porque no querís,  
que está claro, ¡vive Dios!

MENDO.– Siempre fuisteis enigmático  
y epigramático y ático  
y gramático y simbólico,  
y aunque os escucho flemático  
sabed que a mí lo hiperbólico  
no me resulta simpático.  
Habladme claro, Marqués,  
que en esta cárcel sombría  
cualquier claridad de día  
consuelo y alivio es.

MONCADA.– claro he de hablar, a fe mía.

Si vos fueseis un ladrón,  
o por ladrón yo os tuviera,  
juro a Dios, que os escupiera  
a la frente, con razón;  
y en vez de en esta prisión  
hallarme, cual ahora ve,  
sin fe en vos ni en nadie fe,  
a vuestra amistad y afeto  
puesto hubiera con respeto  
el consabido R.I.P.  
Mas sé, Marqués... ¡lo sé yo!,  
que en esta torre cautivo  
está un caballero altivo  
que nunca en robar soñó;

que si en un castillo entró,  
no entró en él para robar  
el aljófar de un collar  
que aun valiendo es baladí,  
sino que entró en él...

MENDO.– (*Imperioso.*) ¡¡No!!

MONCADA.– (*Idem y achicándole.*) ¡¡¡Sí!!!  
Yo lo juro... ¡para amar!

MENDO.– ¡Miente quien tal cosa diga!

MONCADA.– El que confeséis no espero,  
pues sé que sois caballero  
y a enmudecer os obliga  
algo que os ata y que os liga.  
Pero, por casualidad,  
que tal cosa en mí no cabe,  
como todo al fin se sabe,  
yo he sabido la verdad.

MENDO.– (*Irónico.*) ¿Con la verdad disteis?

MONCADA.– Di.

MENDO.– ¡Pues suerte tuvisteis!

MONCADA.– ¡Oh!

MENDO.– ¿Y si os engañasteis?

MONCADA.– ¡No!

MENDO.– ¿Estais bien seguro?

MONCADA.– ¡Sí!

MENDO.– ¿Acaso visteis?...

MONCADA.– ¡Lo vi!

MENDO.– ¿Y sabéis que yo?...

MONCADA.– ¡Lo sé!

MENDO.– ¿Pero cómo?...

MONCADA.– Os lo diré:  
mas por Dios tranquilizaos.

MENDO.– Estoy tranquilo. Sentaos.

MONCADA.– Muchas gracias.

MENDO.– No hay de qué. (*Se sientan los dos. Pausa* )

----- hasta aquí -----

MONCADA.– Ha de antiguo la costumbre  
mi padre, el barón de Mies,  
de descender de su cumbre  
y cazar aves con lumbre:  
ya sabéis vos cómo es.  
En la noche más cerrada  
se toma un farol de hierro  
que tenga la luz tapada,  
se coge una espada  
y una esquila o un cencerro,  
a fin de que al avanzar  
el cazador importuno  
las aves oigan sonar  
la esquila y puedan pensar  
que es un animal vacuno;  
y en medio de la penumbra  
cuando al cabo se columbra  
que está cerca el verderol,  
se alumbra, se le deslumbra  
con la lumbre del farol,  
queda el ave temblorosa,  
cautelosa, recelosa,  
y entonces, sin embarazo,  
se le atiza un estacazo,  
se le mata y a otra cosa.